

NOTA DE EDICIÓN

Que exista Dios, que exista la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo puede interesar al hombre hasta un cierto punto. Si Dios se quedara solamente como Dios no interesaría al hombre, pues no podría *pensarlo*, conocerlo y amarlo, es decir, gozar de su presencia. En este sentido, san Ireneo decía: “Para Dios, el Hijo fue el principio antes de la creación del mundo, pero para nosotros no existe más que desde ahora, es decir, desde cuándo se ha manifestado. Antes, pues, *no existía para nosotros* porque no lo conocíamos”¹. Dicho de otro modo, lo interesante para cualquier hombre es la humanidad de Jesús, como escribía Tomás de Aquino: *Ad hunc finem beatitudinis homines reducuntur per humanitatem Christi*, los hombres son reconducidos a su meta que es la dicha *por medio de la humanidad* de Cristo².

Puesto que no somos ángeles sin cuerpo, es la humanidad de Jesús³, su cuerpo, la que puede interesarnos, sorprendernos, persuadirnos. Jesús puede ser la salvación del hombre justamente porque se ha puesto en la carne, *salus quoniam caro*⁴. Es más, esto puede interesar al hombre a condición de que pueda reconocer

1 San Ireneo, *Demonstración de la predicación apostólica*, 43.

2 Tomás de Aquino, *Suma teológica* III q. 9, a.2.

3 Sobre nuestra predilección por utilizar el nombre Jesús, nos valemos de las palabras de san Bernardo: “Lo que escribas no tiene sabor para mí (*non sapit mihi*) si no leo allí el nombre de Jesús. Si discutes o hablas, nada tiene sabor para mí, si no siento resonar el nombre de Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en la mente (...) Cuando pronuncio el nombre de Jesús evoco la memoria de *un hombre* sencillo y humilde – *cum nomino Jesum, hominem mihi propono mitem et humilem* –, evoco al mismo Dios todopoderoso” (*Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, XV, 6). Por ello, estamos lejos de cualquier jesuanismo, es decir, de reconocer solo al hombre-Jesús, sin reconocer que es el hombre-Dios, el Hijo hecho hombre, el Hijo de la misma sustancia del Padre.

4 San Ireneo, *Contra las herejías*, III, 10, 3.

que ponerse en el cuerpo del hombre ha sido interesante para Dios mismo, ha sido su satisfacción, su gozo, su provecho, su ganancia, su perfección⁵.

Aclaremos de antemano que entendemos por “cuerpo de Jesús” su cuerpo de carne, remitiéndonos a san Pablo cuando escribe que “hemos sido salvados por su cuerpo de carne”, *nunc autem reconciliavit in corpore carnis ejus* (Carta a los Colosenses 1, 22)⁶. Por ello, por “cuerpo de Jesús” entendemos el cuerpo que ha sido preparado por el Padre para el Hijo, que ha nacido terrenalmente de la Virgen María, que ha caminado por los caminos de los hombres, *corpus ambulans super terram*, que ha muerto, que ha resucitado y ascendido al cielo, que está sentado a la derecha del Padre. Por tanto, en este ensayo no es nuestra intención hablar del cuerpo de Cristo presente en la eucaristía, ni del cuerpo de Cristo que es la Iglesia⁷.

La afirmación fundamental del pensamiento cristiano es que Dios, el Hijo, el Verbo, el Pensamiento del Padre⁸ se ha hecho hombre, *et Verbum caro factum est et habitavit in nobis* (Juan 1, 14), que *se ha puesto* en el cuerpo del hombre habitando como hombre entre los hombres. Esta expresión, “puesta en el cuerpo”, es nuestra traducción de la afirmación de Tertuliano cuando dice que el Hijo,

5 El siervo de Dios Raimundo Lulio escribió que un pagano frente a las demostraciones de un judío, de un musulmán y de un cristiano, se convirtió a la fe católica porque escuchó que “todo lo que fue creado había sido para que Dios se hiciera hombre” y que, en Jesús, siendo Dios y hombre, Dios “participaba y se comunicaba *más* con el hombre” (*Libro de las maravillas del mundo*, cap. VII, 26; 29).

6 No nos interesa en nuestro ensayo especificar la distinción entre “cuerpo” y “carne”. Véase lo que dice Tertuliano, que Jesús se ha puesto en un cuerpo de carne, ha corporizado la carne, le ha dado la forma de un cuerpo a la carne, *carne corporaretur* (*La carne de Cristo*, 3, 4).

7 No es nuestro interés entrar en la discusión iniciada en el siglo IX acerca del *corpus triforme* de Cristo o el *triplex modus corporis Christi*, es decir, acerca de las relaciones existentes entre estos “tres cuerpos”.

8 Atanasio insiste en la afirmación de que el Verbo es “el Pensamiento del Padre” (*La encarnación del Verbo*, 7). Tertuliano lo llama “la razón del Padre, *Dei ratio*, la palabra de la razón y la razón de la palabra, *sermo rationis et ratio sermonis*” (*De la oración*, 1).

en la encarnación, debía *induere carnem*⁹. En este sentido nos ha resultado muy provechosa, para elaborar este ensayo, la expresión de Péguy quien ha hablado de la *mise en chair* del Hijo, de la “puesta en la carne”, en el cuerpo, del Hijo¹⁰.

Si bien en los dos mil años de la historia cristiana, mucho se ha escrito y se ha dicho sobre la encarnación de Dios en Cristo, nos parece que, sin embargo, es como si se hubiera dado por descontado el *acontecer corporal* de este acto, la forma corporal del acontecimiento del acto de encarnación, el *encarnamiento* de Jesús¹¹, el fruto, el éxito, el logro de la encarnación que es propiamente el cuerpo de carne de Jesús. Es decir, es como si a menudo se hubiese dado por obvio cómo él ha *pensado* su cuerpo, el *método* y la *lógica* con que se ha puesto en el cuerpo del hombre logrando, finalmente, ser el cuerpo de Dios en la tierra.

Esto es especialmente decisivo para el pensamiento cristiano (y de todos), pues quién es Jesús se muestra y se puede reconocer solo por medio del método con que él ha pensado ponerse en su cuerpo¹². Refiriéndonos a la afirmación ya señalada del evangelio de Juan: *Et Verbum caro factum est*, nos parece que se ha dado como por descontado este *factum est*, que el Verbo-Pensamiento se *ha hecho* carne, cuerpo. Este hacerse carne-cuerpo es propiamente el acontecimiento, o sea, el trabajo del pensamiento hecho por Jesús para ponerse en el cuerpo del hombre.

9 Tertuliano, *Contra Praxeas* 27, 6. Otros traducen esta expresión como “asumir la carne”, “revestirse de la carne”, “tomar la carne”, traducciones que también son aceptables. Sin embargo, nos parece que nuestra traducción, “ponerse en la carne”, “puesta en el cuerpo”, subraya de modo más decidido el acto puesto por el Hijo.

10 C. Péguy, *Victor-Marie, comte Hugo*.

11 “Encarnamiento”, *encharnement*, es el término que usa Péguy y que es menos abstracto que encarnación, pues dice mejor el acto, el acontecimiento, el éxito por parte de Jesús de ponerse en la carne, en un cuerpo de carne: “Su encarnación, que es propiamente su encarnamiento” (*El pórtico del misterio de la segunda virtud*).

12 Benedicto XVI ha hecho una afirmación decisiva en este sentido: “En el misterio de la encarnación del Verbo, es decir, en el hecho de que Dios se hizo hombre como nosotros, está tanto el contenido como el método del anuncio cristiano” (16 de marzo de 2009).

13 Ireneo, *Contra las herejías*, III, 18, 7.